

ESPAÑA Y EL CREDO CATÓLICO EN LOS ESTADOS UNIDOS

JOSÉ LUIS MORA MÉRIDA

En los estudios acerca de la religión, religiosidad popular, credo o creencias en los Estados Unidos, no es infrecuente que, cuando se hace la oportuna referencia al credo católico de origen español, no al hispano actual, se caiga en generalidades o vaguedades sin contenido apenas. Como es lógico, esto cobra especial importancia cuando se analizan los años anteriores a la independencia del país. Nunca nos encontramos con análisis adecuados, enmarcados oportunamente, o presentados con el necesario decoro. Parece como si todo lo que sirviese para recordar esa época, o esos mismos acontecimientos, se deseara pasar por alto.

Da la impresión que se piensa que esos acontecimientos han acaecido en unos territorios donde ya estaba establecido el credo católico, o, en el peor de los casos se interpretan como si, el tan aplaudido pluralismo de credos y religiones del país no pudiera ni debiera alcanzar también al credo católico.

Ciertamente, el profundo misticismo misionero que impregnaba al catolicismo hispánico durante los siglos XVI, XVII y XVIII, desde luego que tuvo sus consecuencias en las poblaciones indígenas norteamericanas con las que se había entrado en contacto. Pero, pensamos que se ha unificado en exceso, por pura conveniencia de los analistas, la acción de los misioneros católicos sobre estas poblaciones aborígenes, con la que efectuaron los colonos anglosajones. Así se confunde todo: supresión de los tradicionales modos de vida de los indios, implantación del ganado doméstico y domesticado para poderlos hacer sedentarios, destrucción por consiguiente de la vida tribal autóctona indígena, imposición superficial del nuevo credo y de sus implicaciones culturales con el consiguiente

cambio traumático en el esquema de valores, etc.¹. Parece como si, en el fondo, se tratase de enunciar la justificación más solemne del triste final a que llegaron los pueblos aborígenes de los actuales Estados Unidos de América, es decir su casi total y absoluta destrucción. En esa apuntada línea interpretativa, ello se debió en gran parte a la acción de los españoles, o por mejor decir a la aplicación por parte de los misioneros católicos de una fe que envolvía la cultura más retrógrada.

A la hora de buscarle una adecuada justificación, se suele hacer un planteamiento un tanto peregrino: se constata el hecho de la aparición de los llamados cultos de crisis en las zonas de los Estados Unidos sometidas a la aculturación y/o evangelización católica; ahora bien, como esta evangelización no estuvo acompañada de una colonización profunda y masiva, tal como se dio en el resto del Continente americano, el fallo y el error se debe buscar, entonces, en la propia empresa misionera. Y es que, según estos conspicuos analistas, como la religión desempeña un papel tan fundamental en la vida de los indios «pueblo» (aquellos cuyo hábitat estaba situado fundamentalmente en Nuevo México, Arizona y parte de Texas), éstos no tuvieron más remedio que oponerse a la forma de credo cristiano que se les estaba predicando. Sobre todo en lo relativo a la obtención «mágica» de la lluvia, de la caza, de las cosechas, etc., los misioneros católicos españoles les hablaban de que todo eso se alcanzaba al final de un proceso bioquímico o de equilibrio ecológico organizado por Dios; pero, al final del discurso, resultaba que ese mismo Dios había sido asesinado en una cruz y debíamos participar en ese sacrificio comiéndonos un trozo de su cuerpo (eucaristía). Es decir, la más burda reducción al absurdo de una fe a la que no se desea comprender y sí mantener como referencia de lo que no debe ser un credo racional e inteligente.

Por eso se dice que los indios entendían que la religión nueva, que no evangelio, que se les estaba predicando ponía en peligro la obtención de todo lo que se necesitaba para la vida. Por consiguiente, había que oponerse a ella con todas las fuerzas. Nace así uno más de los muchos *movimientos de resistencia indígena* que se han dado, y se están dando, en la historia del continente americano. Curiosamente, a los movimientos similares de resistencia indígena que se dieron en los territorios aculturados por colonos anglosajones, a ninguno se le achacó oposición religiosa o cultural. Todos nacían por la oportuna oposición a actuaciones singulares o determinadas de los colonos, a lo más fueron «revelaciones» religiosas o psiquiátricas de los propios indígenas.

1. Así, por ejemplo, *Movimientos religiosos derivados de la aculturación*, en *HISTORIA DE LAS RELIGIONES*, vol. XII, (Madrid, Siglo XXI, 1982), pp. 4 y sgts.

Y es que, tal como suele suceder en muchas ocasiones, ciertas curiosas interpretaciones de la historia patria nacen de la no aceptación de realidades tangibles, tales como las geográficas, sociales e incluso las políticas y las de las creencias espirituales...entre todas conforman lo que se denomina la cultura de un pueblo. La ausencia de esta aceptación, lo mismo que la magnificación exagerada, de una sola de estas realidades, o de todas, provoca que la realidad histórica quede cortada y no se pueda analizar con la debida y oportuna perspectiva.

Por eso, algunas precisiones en el caso de los Estados Unidos, y que vienen a cuento en este momento, nos pueden ayudar a encontrar la situación o el camino interpretativo correcto; por un momento habrá que volver a discutir las tan manoseadas interpretaciones *eurocentristas* de la historia de los Estados Unidos. Así tenemos:

1.º— El territorio que entendemos por los Estados Unidos de América tiene una superficie equiparable a la de toda Europa. Ello conduce a una tal variedad de climas y de recursos, que sus resultados culturales, en todo orden de cosas, resultan difícilmente comprensibles para un «provinciano» europeo de nuestros días.

2.º— La Constitución federal de los Estados Unidos permite a todos sus Estados asociados una considerable autonomía en todo el complejo sistema gubernativo, y especialmente en lo relativo al tratamiento de los credos religiosos y a las relaciones iglesias/credos con el poder civil. Ello conlleva, como es lógico, una profunda influencia interpretativa.

3.º— El cristianismo, en el sentido más amplio que se le pueda dar al término, configura el *clima religioso* que impregna todo el ambiente del país, y ello sin necesidad de hacer más precisiones. Ahora bien, dentro de este denominado *cristianismo*, y ya desde la época colonial, aparece un amplio y genérico pluralismo. Por eso, y siguiendo esta pauta, la Constitución norteamericana establece, y la práctica política la ha consagrado, una clara separación entre el Estado y las iglesias, o las confesiones. Desde luego, a esta afirmación habrá que darle ciertos matices y muchas aclaraciones, pues la aplicación depende mucho del momento histórico en el que se haga.

4.º— Por lo que se refiere a la Iglesia Católica, ésta significa una minoría, aunque ciertamente mayoritaria, en el cómputo de la población, y ello a pesar del fuerte incremento numérico de los últimos años. Por consiguiente, también es una minoría cultural, incluso muchas veces relegada a ambientes muy cerrados. Este fenómeno de «minoría», aparte de la cuantificación, nace del hecho de que la gran inmigración católica no se organizó en la anglicana Inglaterra; como este país fue el que imprimió la característica fundamental a la colonia, marginó a las demás confesiones, y de una manera muy particular a la católica, así como a las re-

giones o países originarios de esos inmigrantes católicos (Irlanda del Sur, Alemania del Sur, Italia, Polonia, México, Canadá francés, Austria-Hungría, Lituania, Letonia, Puerto Rico y demás Antillas...).

Como consecuencia, los inmigrantes originarios de estos países o regiones le imprimieron un cierto aire «de extranjero» al naciente catolicismo norteamericano, y ello hasta no hace muchos años. Por eso, el protestantismo «genérico» es tan oficial en los Estados Unidos que, aun siendo el catolicismo romano la confesión cristiana más numerosa y más activa en todo el país, los seguidores del protestantismo, en sus diversas iglesias y denominaciones, han conseguido convertir su credo y su moral, además de en una creencia religiosa, en el más profundo sentimiento nacionalista; los demás credos o creencias han quedado, implícita o explícitamente, marginados de una u otra forma.

5.º— Los católicos norteamericanos forman parte, de una manera primordial, de los núcleos de población urbana, y dentro de ella de las llamadas clases medias y más populares. Y ello se debió a que la mayor parte de los inmigrantes procuraron establecerse en las ciudades y en los barrios donde ya vivían compatriotas. Pensaron que así iban a encontrar un mayor apoyo en el duro camino de su establecimiento americano, circunstancia que no hubiera podido ser de establecerse en el medio rural, en el que la población se encuentra más dispersada. Por eso, hasta hoy día, aunque con la clásica excepción de California y los núcleos correspondientes de los antiguos territorios mexicanos y de Florida y Luisiana, la zona comprendida entre la costa atlántica y el valle del Mississippi, es la que cuenta con la más alta densidad de población católica de todo el territorio de los Estados Unidos.

Como se puede observar, por todas estas circunstancias y motivos, se hace necesaria una reflexión más en profundidad acerca de la primera impronta católica que se produce en los Estados Unidos, es decir la de origen hispano. Ello es importante, de una manera especial, a la hora de analizar el desarrollo religioso y cultural del país. Por distintos motivos de todos conocidos, este análisis se suele hacer casi siempre mirando y pensando sobre los resultados obtenidos en el desarrollo político y social de los colonos e inmigrantes de origen inglés, o a lo más de los países o regiones europeas donde se da una mayor implantación del credo protestante. El olvido, desprecio o incluso el chiste fácil, es lo que prima a la hora de referirse a los inmigrantes de origen hispano, o de países o regiones donde el credo católico es mayoritario.

En nuestro planteamiento proponemos una doble orientación. Por un lado, la historia del asentamiento de la población de credo católico de origen hispano, así como las misiones con este mismo credo que se fueron fundando en el territorio de los Estados Unidos. Por otra, nos hare-

mos una serie de preguntas acerca de los motivos que haya podido haber en el olvido en el que se ha echado este hecho histórico. Algunas de estas circunstancias cobran hoy especial fuerza, sobre todo cuando se observa cómo la aportación cultural-religiosa de los católicos norteamericanos, o asimilados, está incrementándose de forma extraordinaria en los últimos años, y ello a pesar del desdén de la cultura religiosa más «oficialista». En pura lógica, tampoco deberíamos olvidar nosotros la vertiente católica de origen francés, que también tuvo gran importancia, pero, por el momento, no vamos a tratarla.

ASENTAMIENTO DEL CREDO CATÓLICO DE ORIGEN ESPAÑOL ²

Durante la época que se comprende entre los años 1565 y 1821, España consigue situar colonias y misiones, con bastante estabilidad política y cultural, en el territorio que actualmente configura a los Estados Unidos de América. Conforme a nuestro actual interés, vamos a referirnos con brevedad al aspecto misional.

a) En el Norte de la antigua Nueva España

Tres miembros de la naciente Compañía de Jesús acompañaron a Pedro Menéndez de Avilés en su famosa expedición a La Florida de 1567, entonces dependiente del virreinato novohispano; dos sacerdotes y un hermano coadjutor. A ellos se les encarga la predicación a los nativos y la actuación contra los calvinistas franceses, ya establecidos circunstancialmente en la región. En ambos campos, el éxito fue más bien escaso y la realidad cruenta, pues muy pronto uno de los sacerdotes fue asesinado por los indígenas, en lo que ha sido interpretado como el primer martirio jesuita en tierras del continente americano. En consecuencia, sus compañeros abandonaron la naciente misión floridana, trasladando su campo de acción a Las Antillas.

Sin embargo, la Compañía de Jesús no abandonó del todo su actuación evangelizadora en La Florida. Un nuevo grupo jesuítico llegó para retomar la actuación del anterior. En esta ocasión sí pudieron permanecer más tiempo, trabajando con la población aborigen sin muchos problemas,

2. Un desarrollo más amplio de este aspecto, desde el punto de vista histórico, en el capítulo «Misiones españolas y credos en los Estados Unidos», de nuestro estudio *IGLESIA Y RELIGION EN LOS ESTADOS UNIDOS Y CANADA*, (Madrid, 1992), pp. 17-27. Más información especializada acerca de las misiones en estos territorios hoy norteamericanos, en las tesis doctorales de las profesoras Isabel Arenas Frutos, María José Fernández-Galiano y Peyrolón, Inmaculada Martínez, y la desgraciadamente desaparecida Carmen Talavera.

aunque también sin mucho éxito en las conversiones. Desgraciadamente, a los pocos años, un nuevo levantamiento indígena provocó el martirio/asesinato de dos de los sacerdotes y de seis de los hermanos coadjutores. En consecuencia, los supervivientes desistieron de continuar con la labor pastoral y abandonaron la misión.

Cuando llegaron a México las noticias acerca de lo que estaba sucediendo en esta nascente misión, y que había algunos jesuitas disponibles, así como la información que ya se tenía de la metodología misional jesuítica, provocaron la emisión de una solicitud para que este grupo religioso pudiera actuar en territorio mexicano. Como, por otro lado, también en la Corte ya se estaba barajando esta posibilidad, la unión de ambas circunstancias concretó el establecimiento jesuítico mexicano en 1572.

En esta ocasión pudieron los jesuitas alcanzar mejores éxitos apostólicos; el constante envío de personal y la apertura de centros permitió el que se crease una provincia autónoma, ya en 1580. Cuando en 1591 visitó la nueva provincia el padre Diego de Avellaneda, visitador general de las provincias jesuíticas hispanoamericanas, recomendó que la primera misión que se abriera en el Norte fuese la de Sinaloa. A su apertura fueron destinados dos sacerdotes, que sufrieron el martirio muy pronto. A pesar de esta inconveniencia, los jesuitas siguieron con suproyecto, ampliando y extendiendo sus casas y misiones en la zona. Desde aquí saltaron a las misiones de los chichimecas, y más adelante, a las de la Sierra de Nayarit, las de Parras, Tepehuan y Topía.

En un informe que envía a Madrid en 1609, el entonces virrey de la Nueva España (don Luis de Velasco, hijo, en su segundo período, 1607-1611), indica que las misiones llamadas de Sinaloa ya eran cuatro, por aquellos años, y estaban organizadas en lo que se denominaba *doctrinas*, o parroquias de indios. En ellas trabajaban 44 religiosos, repartidos de dos en dos, siendo la cabecera de todas ellas la también denominada Sinaloa, y en las que ya se contaban más de 20.000 indios cristianos. Indicaba, como nota curiosa, que más del doble de los indios bautizados eran los que solicitaban el bautismo, no pudiendo ser concedido este deseo por no haber personal cualificado para efectuar la adecuada catequización. A continuación, desde el punto de vista numérico, venían las misiones de Topía, en las que ya se contabilizaban más de 10.000 indios bautizados, y, lo mismo que en la anterior, también había un buen grupo a la espera de serlo, en las mismas condiciones que los anteriores.

En general, todas estas misiones tuvieron un estilo muy peculiar que ha sido definido de una forma vulgar como *estilo de la eficacia*, y que serviría de modelo para las misiones que, años después se fundarían más al Norte. Efectivamente, así lo fue, porque las tradicionales órdenes mendicantes, las que habían trabajado en la zona desde un primer momento,

aportaron un equipamiento espiritual y una metodología evangelizadora y pastoral, especialmente en el caso de los franciscanos, no muy adecuada a los nuevos tiempos. Los jesuitas, sin embargo, tanto por sus propias Constituciones, como por todas las circunstancias y hechos que acompañaron la configuración de la Orden a mediados del siglo XVI, aportaron una nueva visión, un nuevo espíritu en la catequización y cristianización, manifestándolo, sobre todo, en la necesaria voluntad de la eficacia. De donde partía, como no podía ser menos, un preciso cálculo de los medios para alcanzar unos fines, una aplicación constante de su famoso lema *A la Mayor Gloria de Dios*, así como una profunda convicción de que esta meta era precisamente la que le competía y le estaba reservada en la Iglesia a la Compañía de Jesús. Y todo ello se hace, salvando las particularidades y las singularidades de cada caso, en los colegios, en las residencias, en las casas profesas, en las misiones..., en nuestro caso, en todos los lugares de trabajo pastoral de la Nueva España, que es la zona que ahora nos compete.

A esto que indicamos, si le añadimos las fechas de aparición de las zonas militarizadas que acompañaban a las misiones al Norte del virreinato, podemos obtener una idea precisa de la impresionante expansión que se produce en esta zona: Nueva Vizcaya (1562), Nuevo León (1579), Nuevo México (1598), Coahuila (1687), Texas (1718), Sinaloa (1734), Nuevo Santander (1746) y, finalmente California (1767). De una forma o de otra, todas estas misiones se mantuvieron bajo el control administrativo del virreinato de la Nueva España, a pesar de diversas tentativas que hubo en distintas ocasiones para otorgarles una organización administrativa autónoma.

En todas estas regiones se arbitraron las distintas doctrinas, bajo el control de las diversas órdenes religiosas, sirviendo todas ellas de preparación y ensayo para las, tan denominadas de *clásicas*, futuras misiones de California. Muchas de estas misiones pasarían a depender, en su momento, de los Estados Unidos de Norteamérica. A éstas nos referiremos, aunque sea con brevedad.

La primera tentativa de evangelización en las llamadas Californias se debe a los frailes franciscanos, descendientes de aquellos que habían llegado a México en los primeros años con Hernán Cortés. Sin embargo, todos los esfuerzos que realizaron los buenos frailes menores por asentarse definitivamente en la zona resultaron infructuosos; incluso un segundo intento que hicieron en 1596, tampoco dio resultados. Situación semejante sufrieron los frailes carmelitas, cuando efectuaron su fundación en 1611. Con tales fracasos, así quedaron las cosas.

Los jesuitas, por su parte, iniciaron en 1672 los trámites administrativos para fundar misiones en aquella zona. De una forma totalmente

inaudita, desde un primer momento tuvieron mucho éxito, concediéndoseles toda clase de facilidades para la evangelización y administración pastoral de todo aquel territorio. En este serio trabajo, destacaron sobre los demás religiosos tres pioneros en todos los sentidos: los sacerdotes Juan María Salvatierra, Juan Ugarte y Eusebio Kino, éste último natural de Trento. Las primeras tentativas evangelizadoras que alcanzaron éxito se efectuaron durante los años 1683 y 1685, encontrándose presente en las dos el Padre Kino. Con esta experiencia positiva, se le encarga al Padre Salvatierra que planifique y organice una más amplia labor misional. Este sacerdote jesuita, que ya había sido rector del colegio de México, maestro de novicios en la provincia novohispana, y amigo personal de los entonces virreyes de Nueva España, el Conde de la Monclova y el Conde de Galve, contó así con todos los mejores condicionantes para impulsar las misiones de California. La novedad de su propuesta era que los misioneros ya no tendrían el apoyo de los soldados que se les había prestado en anteriores ocasiones, sino solo apoyo financiero y logístico, y así se le concedió el permiso.

En el año 1690 tuvo el Padre Salvatierra todo preparado para empezar la visita y nuevo enfoque de las misiones. En aquel momento supo por el propio Padre Kino que la marcha de la evangelización, sobre todo en la Pimería Alta, no era tan bonancible como se suponía en la capital, pues los levantamientos indígenas se sucedían constantemente, así como los ataques a las misiones ya consolidadas. De todos modos, se planificó un nuevo establecimiento en California, con la posibilidad de ascender en latitud, tal como sugerían las propias autoridades administrativas españolas, dado que se había detectado la presencia de otras potencias europeas en aquella zona. Con todos estos elementos en la mano, se pudo llegar a un acuerdo operativo en 1697, pero con las condiciones siguientes: los jesuitas no solicitarían ningún tipo de ayuda económica ni el apoyo de soldados u otro tipo de tropa militar. Por supuesto que todas las instalaciones y tomas de posesión tendrían que hacerse en nombre y representación del monarca español, y así se haría constar en los documentos públicos que se redactasen al respecto.

De todos modos, y como contrapartida a estas exigencias, los religiosos de la Compañía fueron autorizados a organizar, totalmente a su costa, algunas milicias armadas que colaborasen en la defensa, ante la eventualidad de un ataque indígena, así como recibieron una total y absoluta delegación de poderes administrativo, eclesiástico y judicial.

En la parte práctica, se sabía que los fondos necesarios con los que se sufragaba el proyecto jesuítico californiano, habían sido cuidadosamente preparados por el Padre Salvatierra en la capital del virreinato, siguiendo las pautas de eficacia a las que nos referimos anteriormente. De su administración y constante aportación se encargaría el Padre Juan de

Ugarte, nombrado flamante procurador de todas estas misiones, quien se veía apoyado por el *fondo piadoso* que había tenido la precaución de organizar el propio Padre Salvatierra, antes de partir de la ciudad de México; allí entraron limosnas, donaciones diversas y todo tipo de aportaciones que hicieron los devotos y amigos de los jesuitas. Con ello, las misiones californianas pudieron ser dotadas de todo lo necesario a lo largo del siglo XVIII, hasta la expulsión de la Compañía de Jesús de los territorios americanos.

No obstante, no pensemos que la organización y funcionamiento de estas misiones fue un camino de rosas para los jesuitas. Los primeros años, la hostilidad y rechazo de los indígenas se presentaron con más frecuencia de la esperada. Hasta el punto que, ante la imposibilidad de evangelizar y aculturar, los jesuitas se dedicaron a «aculturarse» ellos, es decir a aprender la lengua moqui, la más común y general en la zona, y a comprender los modos de comportamiento indígena. Fruto de ello fue la aplicación de una metodología misional muy apropiada.

Empezaron por crear un primer núcleo misional. Desde éste, los jesuitas se dividieron en dos grupos a los que dedicaron a la exploración de nuevas nucleaciones indígenas. Todo ello sucedía, todavía, al sur de la península de California. A pesar del optimismo jesuítico, en varias ocasiones se estuvo a punto de abandonar, pues los fracasos se sucedían uno tras otro. En la metodología y práctica misionera, estos religiosos buscaron comprender, desde un primer momento, la espiritualidad indígena. En la teología aborígen californiana sucedía lo que en otras zonas de Norteamérica: se tenía la creencia en una forma especial del mundo, la denominada teóricamente *energético-espiritual*, en cuyo seno vivía y actuaba el llamado «Gran Manítú». La práctica religiosa consistía, sobre todo, en unos ritos iniciáticos, manipulados y complicados por el desarrollo del chamanismo. La moral, individualista y combativa, siempre tenía presente el agravio comparativo; este planteamiento le hacía estar muy lejos de la moral evangélica del amor y del constante perdón. También era frecuente la práctica de la poligamia, con lo que se dificultaba la aceptación del matrimonio católico.

Como era de esperar, todos estos elementos religiosos y éticos, llevados a la práctica, y unidos a la ya indicada belicosidad natural de estas nucleaciones indígenas (no olvidemos que hablamos de indios cazadores), provocaba una constante inseguridad física en los propios misioneros; hasta el punto que no pocos fueron asesinados y/o martirizados, con el consiguiente saqueo de las instalaciones misionales.

Además, las condiciones naturales y climáticas impedían la aplicación de una metodología misional del tipo de las «reducciones», tal como se intentó varias veces. No había forma de suavizar y evitar el nomadis-

mo de los indígenas, a pesar de estar bautizados y haberlos iniciado en las más rudimentarias tareas agropecuarias. En consecuencia, a los bautizados, para asistirlos en la fe y continuar en su catequización, se les llevaba, de vez en cuando, a las denominadas *misiones-nodrizas*, donde se procuraba ganar el tiempo y los conceptos perdidos.

Esta cruda realidad cultural animó a los jesuitas a buscar otras soluciones. Entre las más apropiadas estuvo la preparación y organización de grupos de catequistas indígenas, por supuesto laicos, con los que se trató de suplir la actuación parcial de los religiosos, así como que los indígenas estuvieran en contacto con los cristianos más tiempo. No se descuidó, sin embargo, la constante, aunque paulatina enseñanza de rudimentarias técnicas agropecuarias; con ello se buscaba, aparte de tratar de hacer a los indios algo más sedentarios, el que contasen con medios que mejorasen su propia calidad de vida. Gracias a esta habilidad jesuítica, que así fue entendida por los propios indígenas, en el momento de la expulsión de la Compañía de Jesús, aún perduraban en esta zona, 14 de los 17 centros misioneros que se habían fundado.

Los jesuitas también hicieron algunas aportaciones científico-técnicas acerca de aquella desconocida región, al menos hasta entonces. En esta labor destacó el Padre Kino, que, después de múltiples exploraciones y viajes por la zona de los ríos Gila y Colorado, pudo concluir con la afirmación de la peninsularidad de California. Seguidor suyo en este campo fue el Padre Fernando Konsag, encargado de confeccionar los primeros planos y mapas científicos de toda aquella zona.

Pero, estos hechos, así como el exagerado concepto del *monopolio californiano* que aplicaron los jesuitas, dieron lugar a la famosa leyenda que hablaba de minas de oro en California. Esta patraña se encargaron de incrementarla los esporádicos pescadores de perlas que visitaban la costa californiana, a los que se oponían los jesuitas, por extorsionar a los indígenas y traficar con ellos de mala manera. Cuando los jesuitas fueron expulsados en 1767, los franciscanos les tomaron el relevo en todas estas misiones.

b) Franciscanos y Dominicanos

Al año siguiente de producirse la expulsión de los jesuitas, desembarcaron seis franciscanos en la misión llamada Loreto, cabecera de las demás, que les serviría de base de operaciones. Los frailes que llegaron estaban bajo la autoridad del entonces Prefecto de Misiones fray Junípero Serra, persona que contaba con una gran experiencia misional, por haber trabajado bastantes años en Nuevo México. En su ánimo estaba emular a aquellos primeros «apóstoles» franciscanos de México, que dieron lugar a lo que se ha denominado *la conquista espiritual de México*.

Por eso, nada más llegar, fray Junípero presentó un original plan de misiones, que no solo se ofrecía para la Península de California, sino también para la California del Norte. Dicho plan consistía en configurar las misiones en «puestos», que quedarían enlazados entre sí, quedando guarnecidos por soldados españoles, a fin de que tuvieran una mayor seguridad política. Se comenzaría en el de San Diego, muy al Sur, para ir remontando toda la costa californiana del Pacífico, hasta llegar lo más al Norte que se pudiera, siempre que no se pusiera en peligro la seguridad del puesto más alejado. Se contó, por supuesto, con el apoyo de la administración española y se pusieron manos a la obra con la mayor rapidez.

Ya en 1769 tenía fundado fray Junípero el primer puesto misional en San Diego. En años sucesivos, se irían fundando los demás, hasta alcanzar el más norteño, que fue el de San Francisco.

Por su parte, otro grupo de franciscanos fue explorando los territorios situados al Oeste de Sierra Madre, y desde 1777 enlazaron con las antiguas misiones jesuíticas del Alto Colorado y las del Gila. Por todos estos motivos, los historiadores conocedores del tema consideran a los franciscanos los verdaderos organizadores del moderno poblamiento y administración de la Alta California. Sin que olvidemos el aspecto puramente misional, a fines del siglo XVIII, habían conseguido aculturar en la vida sedentaria y que aceptasen la fe cristiana a más de 30.000 personas.

Pero, volviendo al desarrollo de nuestra historia, en 1772 los franciscanos fueron compelidos a entregar a los dominicos algunas misiones californianas, por aquello del viejo arreglo en la distribución y administración misional de México desde principios del siglo XVI. El superior franciscano del convento mexicano de San Fernando, fue el encargado para negociar con los frailes predicadores. Para evitar caer en cierta desorganización, se le sugirió a los dominicos que, en vez de hacerse cargo de algunos establecimientos misioneros de la Alta California, tal como solicitaban, debían tratar de renovar las antiguas misiones jesuíticas de la Península de California. Esta propuesta franciscana fue aceptada por los dominicos, quienes incluso retomaron el viejo sistema misional jesuítico de las reducciones, aunque no en su clásico y total planteamiento. En consecuencia, las misiones de la Península de California volvieron a conocer tiempos de esplendor, no solo por la recuperación y conservación de las antiguas, sino porque los dominicos consiguieron fundar cuatro más, a saber, la del Santo Rosario en 1774, la de Santo Domingo en 1775, la de San Vicente Ferrer en 1778 y, finalmente, la de San Miguel en 1786.

c) Misiones de Nuevo México y Texas

Por su parte, las misiones de estos dos territorios iniciaron su andadura en 1598, después de varios intentos y ensayos infructuosos. En todos los centros que fueron surgiendo encontramos el celo de aquellos diez franciscanos que acompañaban al conquistador Juan de Oñate en sus expediciones por aquellos territorios. Una vez recorrida la zona, y vistas las perspectivas misioneras, los frailes menores destacaron más personas para atenderlas. Fruto de ello fueron las sucesivas fundaciones que se hicieron desde 1622 y que jalonaron todo el territorio.

A pesar de este optimismo inicial, los resultados que se alcanzaron en estos primeros años no fueron muy halagüeños. Incluso las informaciones y los datos que presentaron los propios frailes, en las que hablaban de más de 80.000 bautizados, ya en el año 1630, hay que analizarlas con mucho cuidado, pues en otros lugares se nos dice que los esfuerzos estaban resultando totalmente estériles.

Buscándole una explicación al problema, los frailes pensaban que la raíz estaba en su propia falta de preparación para misionar en ese territorio. A fin de paliarla, y ya no sólo en esta zona, pues el problema de la falta de preparación ya se había presentado en otros sitios, se fundaron los llamados colegios de misiones, en los que los misioneros se aclimataban y procuraban alcanzar la idoneidad oportuna; el que se fundó más próximo a estas misiones de Nuevo México y Texas, fue el de la ciudad de Querétaro.

Sin embargo, todas estas esperanzas e ilusiones se vinieron abajo con la gran revuelta indígena, que se produjo en 1680. En los disturbios que se produjeron promovidos por los indios apaches, éstos asesinaron a 23 sacerdotes franciscanos de las misiones de Nuevo México, y a tres de las de Arizona, así también como a 16.000 indios ya bautizados.

Una vez repuestos de la tragedia, los franciscanos trataron de recomponer el organigrama de estas misiones, pero las dificultades administrativas, así como otras sucesivas revueltas apaches que se presentaron, dificultaron enormemente la tan necesaria reorganización a lo largo de todo el siglo XVIII. Apenas a fines de este siglo, los pequeños grupos de indios con los que se contaba, sólo quince, fueron unidos a las misiones de California, en uno de los éxodos indígenas más interesantes, de los producidos en el sudoeste de los Estados Unidos, y que significó la salvación étnica de estas parcialidades.

Por lo que se refiere a la misión franciscana de Texas, debemos indicar que, apenas empezó a cobrar cierto relieve a comienzos de la última década del siglo XVII. Fueron los años en los que los frailes franciscanos, que acompañaban al explorador y conquistador Alfonso de León,

empezaron a entrar en contacto con los indígenas de la zona. Pero, muy pronto hubo que abandonar la experiencia, hacia 1693, por falta de apoyo oficial. Apenas en los primeros años del siglo XVIII, pudieron los franciscanos retomar el trabajo misional en estas tierras, conociendo un insospechado éxito desde ese momento, cosa que nadie sospechaba. En la década de los ochenta del siglo XVIII, contaban con 28 centros misionales y 34 pueblos/parcialidades de indios, también en un avanzado estado de catequización.

d) Misiones de Florida

Algo parecido se estaba viviendo en los territorios de Florida. Allí, olvidadas ya las desgraciadas y sangrantes experiencias por las que pasaron los jesuitas, pioneros en aquellas misiones, un pequeño grupo de franciscanos reanudó el trabajo evangelizador a fines del siglo XVI. De nuevo, los resultados fueron muy cortos, aunque algo se estaba consiguiendo, sobre todo cuando recibieron refuerzos de sus hermanos menores de la isla de Cuba. En consecuencia, en las informaciones que se efectuaron en 1634, ya se nos habla de 35 centros misioneros, con más de 30.000 indios bautizados.

Con estos resultados, los franciscanos se animaron a avanzar los puestos misionales hacia la zona del Noroeste de Florida. Allí entraron en contacto con parcialidades de los apaches, pero no pudieron hacer casi nada con ellos por la excesiva presión que las autoridades españolas ejercían sobre esta étnia, habida cuenta de su carácter y de los frecuentes ataques que efectuaban sobre los puestos españoles. En consecuencia, en 1657 se produjo una revuelta general de los apaches, cayendo por tierra todo el esfuerzo de los buenos franciscanos. En toda su historia, estas misiones tuvieron siempre una vida lánguida, pues cuando no era la presión española sobre los apaches, eran los apaches los que atacaban los puestos de españoles o a sus congéneres cristianos, e incluso los ingleses también empezaban a presionar ya en aquella zona. Por eso, cuando en 1763, Florida pasó a depender de la Corona inglesa, se buscaron misioneros irlandeses o escoceses que pudieran continuar la labor de los franciscanos españoles; pero, fue imposible durante los veinte años de dominio inglés en el territorio.

Cuando en 1783, Florida retornó a la administración española, de nuevo volvieron, procedentes de Cuba, algunos frailes franciscanos. Pero, el trabajo era de tal envergadura que tuvieron que solicitar el apoyo de sus hermanos los capuchinos del convento de La Habana; éstos no pudieron colaborar. En su defecto, solicitaron ayuda en los conventos de Castilla, y hecho curioso, que se producía por primera vez, apenas se localizó, en 1791, un solo fraile que estaba dispuesto a pasar a aquellas misiones.

Los acontecimientos políticos, producidos por las guerras y la ideología napoleónica en Europa, hizo que estas misiones no pudieran estar asistidas con regularidad, debiendo abandonar los franciscanos estas duras e inconstantes misiones.

Aunque con menor crudeza, algo parecido sucedió con las pocas instalaciones misioneras de la Luisiana, durante la época en la que España administró aquel territorio. Poca disponibilidad de hombres, de medios y de una verdadera y sistemática metodología misional hicieron fracasar todos los intentos. Pero, de todos modos, ciertos logros espirituales y materiales quedaron allí. Desde luego, al historiador le resulta muy difícil poder calibrar los primeros, pero los segundos son, al menos enumerables: introducción de animales domésticos, así como de plantas cultivables y utilizables en la alimentación humana; aplicación de instrumentos de transporte con ruedas, del arado romano y de útiles fabricados con hierro para la labranza; fabricación y uso del ladrillo en la construcción; aplicación de técnicas de higiene y de medicina, tanto públicas como privadas...,etc. Son, entre otros aspectos, algunos de los que no deben ser olvidados por los investigadores y sociólogos y abandonados a la mera curiosidad turística.

Finalmente, debemos indicar que durante la administración española no se secularizó ninguna de estas misiones. Todo lo contrario sucedió, cuando tomó el relevo el nuevo gobierno mexicano: se confiscaron propiedades de las misiones, se dispersaron los indígenas, se abandonó la conservación de los edificios y, por unos motivos u otros, el territorio se cedió, se vendió o se perdió en favor de los Estados Unidos de Norteamérica. Sin más, desde luego la iglesia católica funcionó en todos estos lugares como la principal agencia cultural española y cristiana, buscando integrar en la cultura occidental a la población de todas estas parcialidades indígenas, sin que por ello debieran perder su cultura autóctona, en el mejor estilo de desarrollo sostenido y equilibrio ecológico, como nunca se volvería a conocer en aquellas regiones.

COMENTARIOS A LA ÉPOCA REPUBLICANA

En el complejo proceso por el que pasa el país en su configuración y organización, casi siempre nos detenemos en el territorio, el desarrollo constitucional, político, incluso religioso. Pero, dentro de este último aspecto, se olvida o se silencia explícitamente y con frecuencia lo que siguió significando el credo católico. Creemos necesarias algunas reflexiones, aunque ya tengamos que adentrarnos en los siglos XIX y XX, pero sin perder de vista los anteriores.

1. A la hora de hablar de mentalidad católica en los Estados Unidos, no se puede perder de vista la impronta que dejan los inmigrantes irlandeses, alemanes y demás regiones europeas, de credo católico, en su proceso migratorio a este gran país. Sobre todo, los irlandeses imprimen un carácter rudo y arrebatado a las expresiones de la fe y a sus relaciones con los feligreses, especialmente a lo largo del siglo XIX y parte del XX.

2. Un segundo aspecto a tener en cuenta es el llamado «romanismo» o «papismo» de los inmigrantes italianos, cuando no de los oriundos de los países de la Europa Central u Oriental, junto con los problemas que produjeron los ortodoxos rusos, lituanos, ucranianos, etc.

3. Consecuencia de todo ello, tanto del desarrollo misional-cultural de la época española, como de estas dos circunstancias a la que nos hemos referido, nace en la sociedad norteamericana, en la bien denominada *WASP*, un miedo atroz al catolicismo, mezcla de mucha ignorancia y de gran fanatismo religioso; es una sociedad que se *fundamentaliza* en unas creencias, negándole a las otras, y de manera especial al credo católico, toda posibilidad de alcanzar y desarrollar los mismos derechos constitucionales; al catolicismo se le considera una religión extranjera.

Por todo ello, los católicos norteamericanos de origen no hispano (latino) decidieron abandonar de su «cultura» religiosa las tradiciones españolas, que habían florecido en las distintas regiones analizadas, especialmente durante el siglo XVIII. Pensaron que así se podían integrar mejor en la nueva nación, que su pensamiento y mentalidad estaba más cerca del *WASP*, que, tal como sus propios prelados habían dicho (incluso el famoso John Carroll) del «romanticismo» católico de origen francés, o de la nostalgia de la cristiandad medieval española. Confusión terminológica y que demostraba un viejo y estúpido sentido de la ignorancia, cuando no de absurda defensa del mal llamado *liberalismo* católico, que ellos querían expresar y en el que querían desarrollarse.